

SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DEL CAPITAN "ANTONIO RICAURTE" Y DIA DE LA FUERZA AEREA

(MARZO 25 DE 1964)

Mayor (FAC) LUIS ALFONSO AGUILAR LEMA



Podría creerse que solo seres privilegiados son los llamados a escribir la historia; pero no, es el frágil ser humano, una criatura como cualquiera de nosotros, que un momento de suprema angustia, en el momento en que el deber exige la decisión que a la razón espanta, busca afanoso defender su vida, la del amigo, o más aún, la de salvar la patria y en un instante, como si una divina inspiración lo guiara, con generosa sangre rubrica el holocausto y esculpe en mármol la página de gloria, con aureola de dolor nimbada.

Fue un colombiano; veintiocho veces los olivos de su patria chica rebosaron los cestos, desde que viera la luz en su regazo generoso. Vió la guerra surgir y no dudó un instante en engrosar las filas del ejército del que más tarde cinco patrias forjara, con visión de genio, el bravo corazón y la fuerza de su espada. Los rigores de la contienda fueron campo propicio para forjar su temple y destacar sus dotes de soldado y héroe. En forma que casi pudiera llamarse vertiginosa, escala uno a uno los peldaños del mando y vemos ahora sobre sus hombros la orgullosa insignia del Capitán patriota.

¿Y el sitio? Poco difiere de lo que vemos en la campaña colombiana: una vieja casona de campo, con el corte es-

pañol en sus arcadas. Pero allí se guarda como un tesoro el arsenal, armas vitales para la vida de la gran Colombia. Un puñado de hombres al mando del Capitán Ricaurte, es responsable de guardar para la patria el polvorín que, de caer en manos del español que acosa, daría por tierra con la gesta libertaria que en las colinas de la Hacienda San Mateo, está tomando caracteres de tragedia.

Boves arenga siete mil iberos y como una avalancha incontenible, presionan las tropas de Simón Bolívar que se baten sublimes, implacables, ante tan tremenda superioridad numérica. El joven Capitán que ve copado su reducto por la masa enemiga que se acerca, ordena a sus hombres retirarse de la casa para salvar sus vidas, tan caras al futuro de América sojuzgada; como un relámpago fulguran en su mente sueños forjados en la edad temprana, anhelos de placer, angustias y esperanzas, y una tremenda espina que se clava cuando la vida grita en su mente sofocada y estremece las fibras más íntimas del alma.

Ochocientos españoles han violado el santuario del patriota; una visión dantesca ante sus ojos danza cuando imagina las armas que custodia cegando vidas de gentes colombianas. Y urge el deber, el corazón se ensacha y su último pensamiento y volun-

tad al servicio de la patria, prenden la chispa del infierno de llamas que estremece las entrañas de la tierra y con cegadora luz ilumina el campo de batalla, luz que perdura hasta hoy para mostrarnos el camino a seguir en nuestra vida de soldados y en especial de miembros de nuestra querida arma.

Difícil sería escoger otro rasgo de grandeza, conciencia del deber, sacrificio de lo más caro a nuestra vida ante el altar sagrado de la patria, como este que gravara para el mundo un soldado de Colombia, un hermano de raza, un amigo que se encuentra a cada paso en la campiña, el banco de la escuela, el compañero de armas.

Es por eso que la Fuerza Aérea Colombiana ha tomado este sublime sacrificio como ejemplo que debemos seguir, como faro que enrumbe nuestras mentes cuando vibre en nuestras manos el timón de la nave que cobija con sus alas la paz, grandeza y libertad de la nación colombiana.

Un día como hoy 25 de marzo, pero hace ya siglo y medio que pasara, que entre nubes de parduzco polvo se esfumara en los cielos de la amada patria la vida de este genio, hombre común por su extracción y raza al que hoy honramos con fervor patriótico, con devoción, admiración, con gratitud, con lágrimas.

Tras su ejemplo hemos visto seguir el camino de la gloria a tantos pilotos que han caído en su afán de dar grandeza, superar, hacer brillar, encumbrar cada día más el nombre de la

Fuerza Aérea Colombiana; al tripulante que tras cumplir con su labor callada, monta en la máquina que con rugido de huracán que escapa, transmonta airosa la nevada cumbre, rompe poderosa la tormenta que trata de quebrar sus alas y flota al fin sobre las blancas nubes, sobre el risco traidor, la selva envenenada; el cielo azul le muestra entonces el camino que ha de llevarle "arriba, hacia la estrella", tal como reza en nuestro escudo de Arma.

Hoy nos vemos acá reunidos para honrar este gesto de mártir que dejara a la posteridad el hijo de la pequeña ciudad, la vieja Villa de Leiva consagrada. Que este altar de los héroes sea testigo y guarde el solemne voto que hemos de hacer para que este sacrificio, sea cual crisol en que se forje el temple de acero del soldado del aire, la conciencia del deber, la rectitud del alma y de esta forja viril surja potente, cual bandada de águilas, el grupo de hombres que el día de hoy, el día de mañana, sea de Colombia garantía de grandeza, de poder, de libertad, soberanía y calma.

Por el gigante que en aquel 25 de marzo en San Mateo, rindió su vida para salvar sus armas; por el piloto que entre las selvas invioladas, la montaña agresiva o la roca fragmentada, reposa insepulto acariciando aún con huesos que eran mano el timón de la aeronave destrozada, cual si quisiera guiarla a través de espacios insondables, de frios infinitos, de ardor que todo abraza; por el que desde la dulce paz de su sepulcro vela incansable por su amigo y compañero de arma, guardemos un minuto de silencio, pidiendo a Dios que en pago al sacrificio, desprendimiento e inmenso amor por su querida patria, les dé el descanso feliz que se ganaron, la eterna dicha y la paz del alma.

MAYOR PILOTO

ALFONSO AGUILAR LEMA

Oficial de la Fuerza Aérea Colombiana, egresado como Subteniente en 1945. Profesor militar. Ha desempeñado entre otros, los siguientes cargos: en el Ministerio de Obras Públicas, Departamento de Aeronáutica Civil, Subdirector del Instituto Militar Aeronáutico, Ayudante del Comando de la FAC.